

modo obraba con los soldados enemigos. ¿Cómo no habria de merecer la veneracion de todo el ejército su noble y valeroso espíritu de humanidad? No habia soldado que no conociese sus menores acciones, todos le querian, y en momentos bien terribles recibió la prueba del afecto general que habia inspirado.

En la desastrosa retirada de Rusia huia en desórden un cuerpo de ejército frances, perseguido de cerca por el enemigo; hallan un rio á su paso y se echan sobre él dos puentes precipitadamente, en los que se amontona rápidamente una inmensa multitud de fugitivos de Moscou con sus mujeres, sus hijos, sus bagajes, mezclados con los soldados, los caballos y la artillería. En esto se ve venir á lo léjos á Larrey, y mil voces resuenan: « ¡Salvemos al que nos ha salvado, que venga, que se acerque! » La multitud le abre paso, llega Larrey al puente, y levantándole los soldados en sus brazos, le pasan de mano en mano al otro lado del rio; apénas está en salvo, cuando demasiado cargados los puentes, ceden y se hunden, arrastrando á todos en su caída.

Enfermo Larrey á consecuencia de las crueles impresiones del excesivo y prolongado frio, no dejó por eso de prodigar sus cuidados á los pobres soldados. Desde el Niemen hasta el Rin, con prodigiosa actividad, creó hospitales y organizó el servicio medical.

Después de la paz fué nombrado cirujano en jefe de un hospital militar en Paris, y en la revolucion de Julio salvó del furor de la multitud exasperada los heridos de la guardia real, para lo cual sola su presencia, por decirlo así, bastó para hacer volver la multitud á los sentimientos de humanidad.

Animado siempre de su celo, pidió y obtuvo, á la edad de setenta y seis años, la mision de inspeccionar los hospitales de Argel, atestados de enfermos en aquella época. Las fatigas de aquel viaje ocasionaron su muerte, sacrificando su existencia por el bien de su patria, idea que habia sido siempre su norma.

Napoleon pronunció estas palabras memorables respecto á Larrey:

« Si alguna vez erige el ejército un monumento al agradecimiento, nadie le merece con mas justicia que Larrey. »

#### Respuesta de un cirujano.

El hábil cirujano Boudon fué llamado una vez á ejecutar una operacion difícil en la persona del cardenal Dubois, primer ministro <sup>1</sup> á la sazón. Al ver entrar éste al cirujano, le dijo: « ¡Cuidado con tratarme como á los pobres diablos de vuestro hospital! — Señor, respondió Boudon, cada uno de esos pobres diablos como vos los llamais, es primer ministro cuando sus padecimientos necesitan mis servicios. »

#### Ejemplo para los abogados: rasgo de Bellart <sup>2</sup>.

Acusada la señorita de Ciccé <sup>3</sup> de un crimen capital, escogió por defensor al señor Bellart, célebre abogado de Paris. Oyó Bellart la declaracion de la jóven, y quedó convencido de su inocencia. En aquel tiempo padecia nuestro abogado de una enfermedad de pecho, y no podia hablar sin fatigarse en seguida. No obstante, se decidió á prestar su auxilio á la inocencia en peligro, sacrificándose por ella. Con su elocuencia alcanzó un triunfo verdadero, pues oscurecida hasta entónces la inocencia de su defendida por un concurso de apariencias engañosas, brilló á los ojos de todo el mundo con puro esplendor. Mientras habló el orador, todos los corazones se hallaban conmovidos; la emocion estaba pintada en los semblantes de los jueces, el auditorio enternecido, y hasta los gendarmes, soldados viejos,

1. En 1723. Hombre ruin y mal ministro.

2. Murió en 1826.

3. Fué acusada de haber tomado

parte en un terrible atentado cometido contra la persona del primer cónsul con una máquina infernal, el 24 de octubre de 1800.

olvidando la consigna, dejaban caer sus fusiles para enjugar sus ojos arrasados de lágrimas. Poco faltó para que semejante triunfo costara la vida al orador; aquel discurso fué el mejor que pronunció, pero también fué el último. Viéndose obligado á no volver á hablar mas en público, no salia de su gabinete, á donde todos acudian á consultarle.

Al ver la multitud de personas que asediaban su despacho, podia creerse que Bellart reunia grandes capitales; pero muy léjos de eso: todos los que le conocieron saben el desinterés que le acompañó durante su vida, y la medianía en que terminó su laboriosa carrera. No pedía jamas, ni aún á los ricos, el precio de su trabajo; se contentaba con cualquier don, por modesto que fuese, y solo rehusaba las ofertas generosas en demasía.

Así obraban los abogados antiguos como los Cochin, los Lenormand, los Gerbier, y siguiendo el ejemplo de tan virtuosos modelos, así obran hoy todos los abogados que comprenden la dignidad de su profesion, que, gracias al cielo, son numerosos. La delicadeza y el desinterés son virtudes innatas en el foro, los vicios opuestos son solo excepciones.

Ejemplo para los artistas: el Guido<sup>1</sup> y Albano<sup>2</sup>.

Estos dos pintores, nacidos en la misma ciudad<sup>3</sup>, en la misma época, y ámbos discípulos de la célebre escuela de los Carracci<sup>4</sup>, dotados de igual genio, tuvieron un destino bien diferente, porque el talento del uno fué santificado por la virtud y el del otro deshonrado por el vicio.

El Guido (*Guido Reni*) adquirió gran fama desde sus primeros años y dejó muchos cuadros célebres, entre ellos la *Crucifixion de san Pedro*, un *San Miguel* y el *Martirio de san Andres*. Es de admirar en sus producciones la

1. Nació en 1575 y murió en 1644.

2. Nació en 1578 y murió en 1660.

3. Bolonia, ciudad de Italia.

4. Los Carracci eran tres pintores.

parientes cercanos, hábiles y célebres, que florecieron en Bolonia en el siglo XVI.

riqueza de su composición, la corrección del dibujo, la gracia y la nobleza de la expresión, la frescura del colorido, la armonía y la delicadeza de los tintes. El ilustrado y generoso pontífice Paulo V apreció su talento y le llamó á Roma; y tal fué el cariño que cobró al artista, que iba con frecuencia á su taller, donde pasaba horas enteras viéndole trabajar.

La dicha del Guido hubiera igualado á su talento si por su culpa no le hubieran sido inútiles y aún perjudiciales los favores con que le habia colmiado la Providencia.

Se dejó seducir por los atractivos del vicio y se abandonó á todos los desórdenes de la vida mas desarreglada. Se apoderó de él la pasión del juego que llegó hasta el paroxismo, y entretanto olvidó los encantos de la gloria, el arte y el trabajo.

En los últimos dias de su vida se encontró el Guido en un estado deplorable; pobre y despreciado de todos, perdió hasta la sombra de su talento, y terminó en innoble holgazanería una vida que habia comenzado por el trabajo, la gloria, la opulencia, y murió completamente olvidado del mundo que tanto le aplaudió en su juventud.

En tanto que el Guido era despreciado de todas las personas honradas por sus vicios, su antiguo compañero Albano (*Carlo Albani*), natural como él de Bolonia, gozaba de la estimación general por su carácter benigno y elevado, por sus virtudes y por su desinterés que era igual á su talento. No exigía precios exagerados por sus cuadros, le bastaba lo suficiente para vivir tranquilamente con su familia, en cuyo seno hallaba la mas pura felicidad. Pagó las deudas considerables de su hermano, que habia disipado todos sus bienes y que habia muerto insolvente.

Se complacia en enseñar su arte á los discípulos que iban á tomar sus lecciones; los recibia con cariño, les demostraba estimación, y hasta les pedia parecer sobre sus propias obras. Los protegía de todas maneras, los ayudaba con sus consejos y advertencias, y no solo no exigia nada á

los que carecían de fortuna, sino que muchas veces los socorria liberalmente.

El cuidado de su familia le absorbía completamente y su amor al trabajo se aumentaba cada vez mas; la avanzada edad á que llegó no disminuyó su aplicacion.

Murió estimado, querido y admirado de todos.

El carácter principal de su talento consiste en la gracia, y sobresalía particularmente en las figuras de niños, de mujeres y de ángeles. Fecundizada su imaginacion con la lectura de los poetas, le inspiraba ideas muy felices, alusiones interesantes y figuras encantadoras.

Albano pasaba el estío generalmente en dos casas de campo que poseía, y que estaban adornadas con fuentes y con bosques. En aquellos pintorescos retiros era donde encontraba aquellos sitios magníficos y los alegres paisajes que ha reproducido en sus cuadros con efectos verdaderamente mágicos.

#### Ejemplo para los industriales : Oberkampf <sup>1</sup>.

Oberkampf, hijo de un pobre tintorero establecido en Suiza, llegó á Paris á la edad de diez y ocho años solo, á pié, sin saber una palabra de frances, y sin la menor carta de recomendacion.

La industria de las telas pintadas en Francia estaba entonces en la cuna, ó por mejor decir, no existía mas que de nombre. Despues de haber trabajado durante dos años en un establecimiento de Paris en clase de grabador y colorista, sin mas recursos que las escasas economías que habia hecho en aquel tiempo, concibió Oberkampf el atrevido proyecto de crear en Francia una manufactura de telas pintadas que pudieran rivalizar con las del extranjero, para lo cual se estableció en el valle de Jouy, pantanoso y casi desierto, atravesado por el Bièvre, riachuelo que corre entre Paris y Versailles.

<sup>1</sup>. Nació en 1738 en Weissembach, cerca de Anspach (Baviera); murió en 1815.

Una mala casucha fué la cuna de una gran industria que debia llegar á superar los mayores establecimientos de la Gran Bretaña, libertando á la Francia del tributo que pagaba al extranjero.

Para poner por obra los dos nuevos procedimientos que



Oberkampf.

habia descubierto, la impresion por medio de planchas, y la impresion con rodillo, hubiera necesitado varios artistas, un dibujante, un grabador, un impresor y un tintorero. Oberkampf estaba solo y se encargó de todo, del dibujo, del grabado, de la impresion y del tinte sin mas taller que su habitacion, que apenas podia contener una cama y una mesa.

Los primeros ensayos salieron bien, y los elegantes productos de su trabajo los vendió inmediatamente. Por medio de su laboriosidad y economía, aumentaba diariamente las proporciones de su establecimiento; despues se construyeron inmensos edificios, se secaron los pantanos de las cercanías, se hizo mas saludable aquella comarca, y mil quinientos obreros encontraron su subsistencia en aquel valle, que en otro tiempo era infecundo y malsano.

Sin dejarse deslumbrar Oberkampff por su prosperidad, no pensó sino en merecer y sostener su fama con nuevos progresos, como lo consiguió en su fábrica, perfeccionando los dibujos y los colores hasta tal punto, que los comerciantes ingleses iban á comprar á Jouy telas pintadas para revenderlas luego en Inglaterra como mercancías de las Indias. Oberkampff tuvo sus imitadores, y en poco tiempo se elevaron trescientos establecimientos émulos del suyo, donde aseguraron su subsistencia veinte mil operarios.

Poco faltó para que fuese arruinada la manufactura de Jouy por la Revolucion; pero gracias al crédito, á la infatigable actividad de Oberkampff, y á la confianza pública, no tardó en poner en órden sus negocios y reparar sus pérdidas.

Diez años ántes de morir fundó la fábrica de hilados de algodón de Essonne, quitando de este modo á los ingleses el privilegio de hilar y de tejer el algodón, por medios económicos é ingeniosos que disminuian considerablemente los gastos de la mano de obra. Esta segunda empresa tuvo igual éxito que la primera, proporcionando este importante ramo industrial un nuevo elemento de riqueza pública.

Estos trabajos valieron á Oberkampff marcadas muestras de distincion. Rehusó el nombramiento de senador que Napoleon queria conferirle, quien para obligarle á aceptar una prueba de su aprecio, se quitó de su ojal la cruz de la Legion de Honor y se la entregó diciéndole « que nadie era mas digno que él de llevarla en su pecho. »

Con alguna frecuencia iba Napoleon á su establecimiento á conversar con él. Un dia le dijo: « Ambos hacemos la

guerra á los ingleses, vos con vuestra industria y yo con mis armas. » Despues, y como presintiendo el porvenir, añadió: « Pero la que vos haceis es la mejor. »

A la rectitud y vasto talento de Oberkampff le acompañaba su buen corazon, pues desde que se lo permitió el



El valle de Jouy

buen estado de sus negocios, pensó en hacer buenas obras, comenzando por aquellos á quienes debia algunos favores. Cuando llegó á Paris habia sido bien acogido por el portero del ministerio de Hacienda, sujeto muy honrado que le habia protegido. En la época de su prosperidad, Oberkampff le colmó de beneficios. Asimismo señaló una pensión á una pobre mujer que en el arrabal de Saint-Marceau le preparaba su modesta comida á razon de cuarenta céntimos diarios, y que le habia manifestado mucho afecto.

Durante la Revolucion, aunque se vió próximo á la ruina, no quiso despedir á los trabajadores, ni cesó de visitar sus manufacturas como de costumbre. Dirigia palabras afectuosas á todos sus operarios, y socorria á los necesitados. Si caian enfermos cuidaba de ellos á su costa, y continuaba pagándoles su jornal como si trabajasen. Acogia en sus fábricas á todos los niños huérfanos de los alrededores, los

educaba hasta que llegasen á la edad de ser útiles, y los trataba como á hijos adoptivos.

MAESTROS Y DISCÍPULOS : EDUCACION.

La educacion de la juventud requiere verdadera abnegacion; sin elevarse el maestro al sublime amor de los padres, puede aproximarse mucho. (B.)

Para que sea completa la educacion de un niño, es preciso que éste sea dócil y aplicado: entre todas las personas que intervienen en su educacion, es él quien representa el papel mas importante, pues si no se cunda con sus esfuerzos la instruccion que se le da, todo será inútil. (B.)

Los árboles bien cuidados.

En un hermoso dia de primavera se paseaba por un jardin un padre de familia con su hijo mas pequeño. El niño contemplaba atentamente los árboles y demas plantas.

« ¿Por qué este árbol es tan hermoso y está tan derecho, decia Alfonso á su padre, y aquel otro no? — Porque éste, dijo el padre, ha sido guiado desde el principio, se le ha sostenido con estacas y se le ha podado, mientras que por el contrario, al otro se le ha dejado crecer sin que nadie cuidara de él.

— ¿Y por qué son tan bellas estas flores, y aquellas de la misma especie apenas están abiertas? — Porque han sido mejor cultivadas que las otras.

— ¿Luego en los jardines depende todo del cultivo y del cuidado? preguntó Alfonso. — Sí, hijo mio, y nosotros debemos aprovechar esta leccion.

« Tú eres ahora como ese arbolillo. Si yo te impido hacer todo lo que te parezca, y en cambio te digo lo que debes hacer ó no, si te obligo á que aprendas cosas de utilidad y tú eres obediente, llegarás á ser árbol con fruto entre los hombres. »

Prudente respuesta de un aldeano.

Siempre son bien empleados el tiempo y el dinero que

cuesta la educacion. Así nos lo da á entender la ingeniosa respuesta que dió un aldeano á una persona que le preguntaba sobre el empleo que hacia del dinero ganado con su trabajo.

« Le divido en tres partes, contestó el aldeano; con la primera pago mis deudas; la segunda es para los gastos de mi casa; y la tercera la coloco á crecido interes.

— ¿Qué quereis decir con eso?

— Que la primera parte sirve para socorrer á mis padres; ¿no es esto pagar una deuda? La tercera, que empleo en educar á mis hijos, ¿no es colocarla á crecido interes?»

Educacion de los niños espartanos.

Desde la edad mas tierna acostumbraban en Esparta á los niños á quedarse solos ó caminar á oscuras para que no fueran medrosos. Igualmente se les acostumbraba á no ser delicados ni melindrosos con la comida; les estaba prohibido encolerizarse, gritar, llorar ó enfurecerse; se les obligaba á andar descalzos, á acostarse en duras camas y aún en el suelo; á llevar el mismo traje en invierno y en verano para hacerlos insensibles al frio y al calor. A la edad de siete años se les ponía en manos de maestros doctos y severos. Su educacion, hablando con propiedad, era un aprendizaje de obediencia, pues habia comprendido muy bien el legislador, que el medio mas seguro de que los ciudadanos obedeciesen las leyes y á sus magistrados, era enseñar á los niños desde sus primeros años á ser obedientes á sus maestros.

Cuando eran algo mayores y se les admitia en la mesa de personas de mas edad, se les mostraba la puerta de la sala diciéndoles: « Ninguna palabra debe salir por esa puerta. » Leccion diaria que les acostumbraba á la discrecion.

Mucho trabajo le costó á Licurgo<sup>1</sup>, legislador espartano, persuadir á sus compatriotas de lo útil que era aquella,

1. Licurgo vivia en 884 antes de J. C.

educacion rígida y minuciosa. Para convencerlos se sirvió de una fábula en accion, y este apólogo de nuevo género tuvo mas éxito que los mejores discursos.

Habia criado dos perros, nacidos ámbos de los mismos padres, tratando al uno con severidad y dejando al otro en completa libertad y dándole de comer lo que queria. Presentóse un dia en la asamblea del pueblo con los dos perros, y al mismo tiempo puso en tierra una escudilla de sopa y soltó una liebre; el perro amaestrado corrió á la caza y su compañero á la cazuela. « Aquí teneis el efecto de la educacion, dijo el legislador; estos animales son de la misma raza y de la misma sangre; el uno es gloton y el otro cazador; tal es el resultado de las lecciones que se les ha dado. Vuestros hijos serán valerosos ó cobardes segun sigais ó descuideis las leyes que os propongo. » Esparta creyó en él y llegó á ser la ciudad mas potente de la Grecia.

#### Fenelon y su discípulo.

Hé aquí una brillante prueba del poder que ejerce en las almas la educacion. Cuando Luis XIV confió su nieto el duque de Borgoña en manos del célebre Fenelon, faltaba mucho que hacer, pues aquel niño habia venido al mundo con un carácter vicioso y violento que hasta entónces nadie habia intentado combatir. Véase en qué términos nos le representa un autor contemporáneo :

« El príncipe heredero se mostró terrible desde su nacimiento, y su juventud inspiraba serias inquietudes; duro y colérico hasta en los últimos límites y hasta contra las cosas inanimadas; impetuoso con furia; incapaz de sufrir la menor resistencia ni aún de las horas ni de los elementos sin que se encolerizara á tal punto que se temia por su vida; su tenacidad era extremada; amaba con pasion los placeres de la mesa, la caza, el juego, las diversiones; su carácter hurano llegaba hasta la crueldad, y sus burlas eran pesadas. Como si estuviera colocado en las alturas celestes

consideraba á los hombres como átomos con los que no tenia semejanza alguna cualesquiera que fuesen. »

Tal era el carácter que era necesario domar y suavizar; la tarea era ruda, pero no eran insuperables las dificultades, porque lo único incurable que hay en la educacion es la indolencia y la total carencia de sentido. El niño poseia dos cualidades, que eran actividad é inteligencia muy vivas. Hé aquí lo que dice el mismo autor.

« Su talento y su penetracion brillaban en todos momentos, pues en medio de sus arrebatos asombraban sus respuestas; sus razonamientos, aunque se hallase encolerizado, tendian siempre hácia lo justo y lo profundo; burlábase de los conocimientos mas abstractos, y la extension y vivacidad de su espíritu eran prodigiosas. »

El carácter de Fenelon estaba dispuesto admirablemente para llevar á cabo aquella gran tarea de educacion á la que no bastaban todas las luces del espíritu. Era una mezcla exquisita de cariño y de fuerza, de bondad y de firmeza, de paciencia y de habilidad, en donde la gracia templaba la energía. Para tratar con los niños se necesita corazon y carácter: corazon para atraerlos y carácter para dominarlos, cualidades ámbas que poseia Fenelon en alto grado y de las que se sirvió para ejercer en su discípulo el debido ascendiente.

Los primeros principios de aquella educacion fueron tempestuosos. En un acceso de cólera, se atrevió á decir el intratable niño á su preceptor: « Olvidais quién soy yo y lo que vos sois. » Fenelon no contestó una palabra y dejó todo el dia al culpable entregado á sus reflexiones. Al dia siguiente entró mas temprano que de costumbre en la habitacion de su discípulo, y con aire grave y entristecido le dijo :

« No sé si os acordais de lo que me dijisteis ayer, que vos sabiais quién sois y lo que yo soy, y es mi deber haceros saber que ignorais lo uno y lo otro. ¿Os imaginais, pues, ser mas que yo? algunos criados os habrán dicho esto, pero puesto que me obligais, yo no temo deciros que

*soy mas que vos.* Vos comprendeis muy bien que aquí no se trata del nacimiento que nada añade al mérito; creo que no pondreis en duda que por mis luces y conocimientos soy superior á vos. Hasta ahora no sabeis sino lo que os he enseñado, que es nada, en comparacion á lo que me falta que enseñaros. En cuanto á autoridad, vos no teneis ninguna sobre mí, y yo, por el contrario, la tengo plena y entera sobre vos; el rey y vuestro padre os lo han dicho repetidas veces. Tal vez creéis que puedo considerarme por muy dichoso al ejercer el cargo que tengo cerca de vuestra persona; yo le he tomado solo por obedecer al rey, y ahora voy á conducirlos á su presencia para rogarle que nombre otro preceptor al que yo deseo mas acierto que el que tengo. »

Un torrente de lágrimas fué la contestacion del niño á estas palabras, y Fenelon se ablandó al fin con sus ruegos.

Desde este dia comenzaron los progresos de la educacion del duque de Borgoña, y las lecciones de Fenelon alcanzaron el mas brillante resultado; no solo adornaron el talento natural de su discípulo, sino que operaron en él una transformacion que llamó la atencion general. El mismo autor que nos ha dicho lo que era el niño, va á decirnos lo que fué luego, gracias á Fenelon:

« De este abismo salió un príncipe afable, benigno, humano, moderado, sufrido, modesto; y humilde y austero, tanto y aún mas de lo que le permitia su rango. Dedicado exclusivamente á sus deberes, comprendiendo su inmensa importancia, no pensó sino en unir sus deberes de hijo y de súbdito con los de aquellos á quien estaba destinado. Su mayor dolor era la brevedad de los dias. »

#### Las dos educaciones.

Dos hermanas tenian cada una un hijo que educaban de distinto modo. La una, de carácter débil y condescendiente hasta el exceso, prodigaba á su hijo Fanfan las caricias, los juguetes de mas precio, dulces y trajes caprichosos. El

otro niño, llamado Emilio, habia sido educado severamente, en apariencia, mas sin embargo con un cariño verdaderamente prudente que parecia duro á la madre de Fanfan. Este poseia un almacen de confites y golosinas que devoraba á veces solo por la noche, y tenia otro de juguetes que á menudo se divertia en hacer pedazos por tener el gusto de renovarlos. Era, en fin, lo que se llama un niño mimado, que pedia medias de seda cuando estaba helando á mas y mejor; que queria aguas de olor para perfumar su pañuelo y sus bolsillos; que no le gustaban sino zapatos nuevos y hermosos trajes. ¿Qué sucedió al cabo? Que Fanfan padeció reumatismos atroces que le enrojecieron la nariz, con los ojos pitarrosos y las orejas hinchadas; el azúcar le echó á perder el estómago y sus dientes se quedaron mas negros que el carbon; se llegó á cansar de todo, y se convirtió en un muchacho antojadizo, fastidioso, lloron, endeble, enfermizo y tonto. Emilio, por el contrario, acostumbrado á las privaciones, jugando únicamente para desarrollar sus facultades físicas, sus comidas eran sanas y frugales, saltaba de la cama en cuanto se despertaba, sin caprichos ni mal humor, sincero, diligente y bondadoso, y por lo tanto su juicio era tan recto como vigoroso su cuerpo. Fué la dicha y la alegría de su madre, modelo entre sus compañeros, llegando á ser un hombre de bien y útil á la sociedad.

La educacion floja solo engendra seres degradados; solo la educacion viril y severa da hombres á la patria.

#### El discípulo rebelde.

Relacion de un discípulo del colegio de \*\*\*.

Tuve la desgracia de perder de muy pronto á mi padre y de tener una madre demasiado condescendiente que me daba todos los gustos, así fué que casi por fuerza fuí conducido al colegio, gracias á la enérgica voluntad de mi tutor. Ya era tiempo, pues habia cumplido catorce años, y

UNIVERSIDAD DE NUEVO L  
BIBLIOTECA UNIVERSIT

ALFONSO REYES

1625 MONTERREY, N

fuera de lo que se enseña en las escuelas primarias, no sabía nada absolutamente.

En aquel colegio había unos sesenta internos, á mas de los externos, que eran numerosos.

Aquella escuela estaba admirablemente organizada, y en ella reinaba un régimen firme y vigilante, pero ilustrado y bondadoso á la vez. Los estudios eran excelentes y escogidos; las costumbres puras y tranquilas; dos maestros prudentes é instruidos, dedicados á la educacion de los internos, secundaban el director que era de avanzada edad. Todos los colegiales parecían dóciles, aplicados, y demostraban estar contentos con su suerte.

No era así el nuevo compañero que les habían dado ó mejor dicho, llevado por fuerza. Acostumbrado como estaba á completa independencia, á hacer todas mis voluntades, declaré al entrar en el colegio que no me convenia aquel régimen casi claustral. Al retirarse mi tutor, me agarré á su ropa para irme con él, pero me rechazó rudamente. Traté de salir en su seguimiento, pero la puerta estaba bien cerrada; por mas que lloré, grité y me enfurecí nadie vino á abrirla.

Héme, pues, encerrado. Vagaba como un loco por el patio que estaba desierto; me parecia que estaba en una cárcel mas bien que en un colegio, en el asilo del trabajo y del estudio. Una ciega cólera se apoderó de mí como un verdadero frenesí. « ¡Yo me ahogo aquí! gritaba enfurecido; ¡me ahogo! ¿Qué? ¡No podré romper esta maldita valla? ¿No podré saltar por encima de estas odiosas paredes? » Y daba vueltas por el patio como el leon en su jaula; extenuado por mis esfuerzos, me eché en el empedrado pegando á él mis labios ardientes, y sollozando exclamaba: « ¡Qué tiranía! ¡Ay madre mia! ¿No vendrás á sacarme de este calabozo? »

Solitario estaba el patio en el momento en que me revolcaba furioso por el suelo; pero á poco oí la campana y los discípulos que venian á pasar el tiempo de recreo, y me levanté en seguida temiendo que se burlaran de mí, pero en aquel instante tomé una resolución decisiva.

« Yo haré que los carceleros me abran la puerta; seré tan malo y tan discolo, que no querrán tenerme aquí. Ya sé que me costará trabajo, pero, ¿qué pueden hacer? ¿Pegarme? ¡Ojalá lo hicieran, pues el maltrato me justificaria! ¿Encerrarme? El peor calabozo para mí son sus clases y sus salas de estudio. ¿Hacerme sufrir? Cualquiera sufrimiento me parecerá leve en comparacion del trabajo á que me quieren obligar. ¿Privarme del recreo, de la comida ó de las distracciones? Será trabajo en valde, porque yo mismo me privaré de ello. ¡Animo, pues, y adelante! »

En tanto que yo formaba estos diabólicos propósitos, llegaron los discípulos al patio y comenzó el tiempo de recreo, que era alegre y animado como puede serlo entre niños cuya conciencia está satisfecha y su corazón tranquilo.

Yo permanecí obstinadamente en un rincón volviendo la espalda á los colegiales.

Se llegó á mí el maestro de clase, que era muy jóven, y mas que maestro de aquellos niños, parecia su hermano mayor y su compañero, á quien demostraban amar y obedecer con placer y prontitud. El mismo los animaba en sus juegos y hasta tomaba parte en ellos. Como era natural, su solicitud se inclinó hácia el pobre olvidado cuya malicia no sospechaba; se acercó á mí y me dirigió algunas palabras cariñosas invitándome á ir á jugar con mis nuevos compañeros. Continué pegado á la pared y con los ojos bajos. Cansado por último de sus instancias que yo calificaba de persecucion, le miré con ojo arisco y le dije con malos modos: « Dejadme en paz. »

Al oír esta contestacion, no supo el jóven maestro si debía enfadarse ó tomarlo á risa; pero solo demostró compasion, y volvió á donde estaban sus demas discípulos que habían suspendido sus juegos esperando al nuevo compañero que les iban á presentar; al llegarse á ellos les dijo con naturalidad: « Está triste porque no ha salido nunca del lado de su madre; dejémosle tranquilo por ahora. »

En vez de ablandarme la bondad del jóven maestro, que no solo perdonaba mi lenguaje grosero, sino que trataba de



discutirse ante mis compañeros, fué todo lo contrario, pues me irrité aun mas. Habia yo creído que me hablaria con severidad, y me habia propuesto hablarle con insolencia; pero habiéndome privado de esta satisfacion con su bondad, creció mi ira, contando con vengarme en la clase.

Entretanto continuaron los juegos con animacion y algazara hasta que se volvió á oír la campana; en aquel instante, sin transicion alguna, reinó un silencio tan profundo, que no pude dominar un movimiento de admiracion. Subyugado yo mismo por el imperio de la disciplina, no me atreví á quedarme fuera de las filas de los discípulos, y llegué con ellos á la sala de clase. Todos se colocaron en su puesto, y abriendo sin ruido los pupitres, cada uno tomó sus libros y sus cuadernos; todos aquellos jóvenes, un instante ántes tan alegres y bulliciosos, guardaban silencio universal, y no se oía mas ruido que el de las plumas que corrían sobre el papel. Era éste un espectáculo verdaderamente encantador que me conmovió, y oí una voz que desde el fondo de mi corazón me decía: « Haz lo mismo, sé juicioso, » pero mi despreciable orgullo ahogó esta voz divina. El mismo maestro que en el patio me habia demostrado tanta indulgencia, me hizo sentar frente á un pupitre provisto de plumas, papel y tintero; y despues de cerciorarse en un momento de que por todas partes se trabajaba con orden, se llegó á mí con un libro en la mano, y presentándomele me dijo: « Vais á comenzar á aprender el latin; hé aquí los primeros elementos; copiad varias veces la primera página, y aprendedla de memoria. » Pronunció estas palabras con bondadoso acento, pero por mas que me alargaba el libro, yo no tendí mi mano para tomarle. « Tomadle, me dijo sonriendo; ¿acaso teneis miedo á este estudio que no habeis ensayado aún? » Si bien yo deseaba mostrarme revoltoso y desobediente, no queria tampoco pasar por un záfio, así es que le dije: « Caballero, recibo el libro, porque os habeis tomado el trabajo de traerle, pero todo es inútil porque no estudiaré. » Tomé el libro, que estaba abierto en la primera página, le cerré, y apoyando en él los dos

brazos, oculté mi cara entre las manos. De vez en cuando alzaba la cabeza, paseaba mis miradas por todos los discípulos con aire provocativo, ó miraba al maestro á hurtadillas para ver si mi conducta le irritaba; pero los discípulos no demostraban echar de ver que estaba yo allí, y en cuanto al maestro, visitaba los puestos de los colegiales para ayudarles en su trabajo, y sus ojos no manifestaban ni cólera ni sorpresa.

A poco rato entró el director en la clase; creo que mi maestro le habia advertido por medio de una esquila. Al verle sentí un ligero estremecimiento. Echó una ojeada por toda la clase y se acercó á mi puesto. Observé que queria hablarme y me levanté respetuosamente con los ojos bajos. « ¿Es verdad, Ernesto, me dijo, que no quereis trabajar? ¿Sabeis el pesar que vais á causar á vuestra madre? » Sentí un buen movimiento, conocí que iba á llorar, pero continué firme, me endurecí, y la lágrima que estaba próxima á correr, se detuvo en mis párpados; un sollozo convulsivo fué mi única respuesta. El director me miró con aire compasivo y se marchó. Me volví á sentar poseido de rabia, y puse de nuevo mi cabeza entre mis manos.

De este modo pasó todo el tiempo que duró la clase. A la hora de comer fuimos al refectorio, pero no quise tocar á nada.

Todo el dia obré del mismo modo, en abierta rebelion, sin querer escuchar en la clase, ni estudiar, ni comer ni jugar.

El director vino aquel dia á menudo á visitar los discípulos, creo que por mi causa. No cabia duda que padecia interiormente al ver mi comportamiento; yo tambien sufría, y aún hoy me estremezco al recordar aquel dia terrible. Estaba exasperado de tal manera mi carácter, y mi razón tan extraviada, que si me hubieran tratado con el rigor que merecia, hubiese llegado á ser un muchacho perverso en toda la extension de la palabra. Pero mi excelente director (cuya memoria venero profundamente) empleó otro método conmigo, y no se me escapaba que yo le ocupaba bastante.

Bajo mi exterior adusto, habia conocido que yo poseia sensibilidad ardiente é inclinaciones que podian llegar á ser buenas. Sus miradas buscaban con frecuencia las mias; leia en ellas tanta bondad y á la vez reproches tan severos, que sino hubiera estado realmente loco, no hubiera podido resistir.

Concluyó por fin aquel dia cruel y subimos al dormitorio. Si no comí al medio dia, tampoco toqué á la cena, aunque á la verdad, algunas golosinas que me habia dado mi madre me habian permitido aquella baladronada. Por lo demas parecia que nadie habia notado que yo no comia; y esta indiferencia aparente aumentó mi despecho, con lo cual tomé la atrevida resolucion de no acostarme, y sin desnudarme, me senté en la silla que estaba al lado de mi cama; nadie me dijo nada.

Pasé una noche terrible; dormí en la silla, si puede llamarse sueño el estado de entorpecimiento y estupor en que caia á veces, y durante el cual me acosaban espantosas pesadillas. Me despertaba á menudo sobresaltado, y entonces me infundia terror el aspecto de aquel vasto dormitorio alumbrado por la luz de un quinqué. Miraba con asustados ojos aquellas largas hileras de camas cubiertas con blancos cortinajes; luego, oyendo la respiracion tranquila y regular de todos aquellos jóvenes que dormian profundamente, me tranquilizaba y aquella calma que reinaba en mi derredor y que no obstante, tan léjos estaba de mi corazon, me causaba mas placer que envidia. Vertia abundante llanto, y mis lágrimas me consolaban algun tanto. Los buenos pensamientos comenzaban á apoderarse de mí; estuvé tentado en desnudarme, acostarme como los demas, y levantarme al dia siguiente con ellos, sumiso, dócil y dispuesto á estudiar y seguir el régimen de la casa. Tal vez con la esperanza de que sucederia así me dejó mi buen director en paz y en completa libertad aquella noche, en vez de encerrarme en la sala de correccion como merecia; pero fué vana su esperanza, porque mi execrable orgullo ahogó mis buenos pensamientos. Cuando al dia siguiente bajé con mis compa-

ñeros á la clase, me hallaba extenuado de cansancio, pero tan obstinado como la víspera. Bien sentia en el fondo de mi alma que obraba mal; las reflexiones de aquella noche aciaga habian dado sus frutos, pues al paso que los castigos me hubieran agriado y me hubieran echo perder el juicio, gracias á la tranquilidad en que me dejaron, pude calmarme poco á poco. Comprendia que necesitaba instruirme; conocia que me era aún mas necesaria la educacion que la instruccion, y que si no me corregia causaria la desgracia de mi madre y la mia; pero puesto que habia comenzado á desempeñar mi papel, queria sostenerle. Así, pues, era tan indócil como el dia anterior y mas culpable, porque si extraviado la víspera por una especie de demencia no conocia mi falta, aquel dia la comprendia muy bien.

Ya unas veces dirigia miradas de desdenoso orgullo sobre mis compañeros, ya las apartaba con afectado desden; ora trataba de sorprender en sus ojos alguna admiracion á mi valor, ó bien alguna secreta simpatía hácia mi desobediencia. Pero ¡triste de mí! solo leia en ellos la indiferencia ó la bondadosa compasion que inspira un enfermo. Habia creido erigirme en héroe ante sus ojos; mi orgullo habia soñado al papel de mártir, y eché de ver que desempeñaba el de un insensato.

No creo que se pueda sufrir mas de lo que yo padecí durante aquella terrible mañana; parecia que mi cabeza estaba rodeada por un círculo de fuego que la apretaba; mi imaginacion se trasportaba de uno á otro sueño, y mil cuadros pasaban sucesivamente por mi vista; ya unas veces creia ver que despedido por el director, volvía á casa de mi madre; veia á ésta afligida, enojado mi tutor, sin abrirme la puerta; los vecinos y amigos indignados contra mí, y veia al criado unciendo el caballo al carruaje para conducirme de nuevo al colegio, avergonzado, confundido y obligado á pedir humillante perdon.

Aquella especie de calentura que me abrasaba era como una crisis que debia curarme; y como habia previsto el director, favorecidas mis reflexiones por la profunda calma

que reinaba en torno mio, y los ejemplos de orden, de trabajo y de satisfaccion que tenia á la vista, todo debia contribuir á una reaccion saludable.

Cuando subimos al refectorio á la hora del medio dia ya se habia calmado un poco mi excesivo orgullo. Como el dia anterior no habia querido probar bocado, solo hallé en mi puesto pan y agua. Aquello era muy justo, pero sin embargo me irrité y con tono brusco dije al criado: « Que me sirvan como á todos. » El criado fingió no haber oido y pasó sin contestar.

Entónces el discípulo que estaba á mi lado me dió con el codo disimuladamente y me dijo de modo que nadie le oyera: « Háblale con mejores modos y te servirá; así es la regla. »

Al oír esto me conmoví, pues era la primera vez que un compañero me dirigia la palabra; su voz estaba llena de dulzura. Levanté los ojos y le miré; era un adolescente de mi edad, en cuyo semblante estaban retratadas la viveza, la jovialidad y la nobleza de su alma. Su fisonomía no expresaba ironía ni desden, ni aun la compasion poco lisonjera que los demas manifestaban; solo ví franqueza y lealtad. Aquel jovencito se llamaba Alfonso, y supe tiempo despues que el director le habia puesto á mi lado con la sagrada mision de ejercer en mí su influencia por medio de la confianza y de la amistad; mision propia de un ángel, y Alfonso lo era, en efecto, por su carácter encantador y la pureza de su corazon.

Desde aquel instante conocí que seríamos buenos amigos. Mi orgullo me impedia seguir desde luego su consejo, pero temiendo pasar á sus ojos por un niño mal criado, y por no perder su estimacion, no sin violentarme, dije con buenos modos al criado á tiempo que pasaba: « Haced el favor de servirme como á todos. — Con mucho gusto, señorito, » respondió. Noté que Alfonso estaba satisfecho, y comí entónces tranquilamente. A toda esto parecia que no habian observado nada los colegiales ni el director, que presidia la mesa.

Al salir los estudiantes del comedor, se esparcieron por el patio y entablaron toda clase de juegos. Alfonso se privó de esta diversion, que sin embargo amaba con todo el ardor de su edad, y tomándome amistosamente del brazo, se paseó conmigo por un sitio algo apartado durante el tiempo del recreo.



Hora de recreo.

¡Cuánto bien me hizo aquella conversacion, y qué saludable impresion produjo en mi ánimo! Nada se habló respecto á mi insensata conducta, de la que me ruborizaba ya en secreto; mi nuevo amigo evitaba las preguntas que hubieran podido parecer reproches á mi susceptible orgullo. Hablamos de los lugares y de los placeres de nuestra infancia, yo de mi querida madre y él de sus padres. ¡Oh cuánto los queria! ¡Y cuánto le animaba en sus estudios el deseo de agradarlos! Al escucharle sentia que volvia yo á la senda del bien y me daban deseos de imitarle. Tambien hablamos del colegio; me habló del director con respetuosa veneracion y demostraba cariñoso agradecimiento para con los maestros. Concluyó el recreo, que como era juéves, habia durado dos horas que fueron para mí un minuto.

¡Qué bien conocia aquel digno director el corazon de la juventud, pues para volver al deber á mi ánimo extraviado, me habia enviado un amigo en vez de imponerme castigos!...

Despues del recreo de medio dia, acostumbraba el director á dirigir una plática moral á sus discípulos, y apro-

vechaba aquella ocasion para distribuir los elogios ó las reprobaciones que cada uno merecia.

Esta circunstancia, que conocia yo bien, me inspiraba una especie de miedo mezclado con un resto de indocilidad. Cuando entró en la sala el director y subió á la cátedra, su fisonomía denotaba calma, pero severidad al mismo tiempo; me parecia que yo era su objeto exclusivo, y temia sus terribles amonestaciones, una humillacion pública contra la que se sublevaba mi orgullo de antemano. Así fué, que temblé en cuanto tomó la palabra, y mi corazon latia con violencia. Alfonso, que estaba á mi lado, lo notó y me apretó la mano lijeramente; recobré algun valor, pero con todo, el profundo silencio que reinaba entre aquella juventud atenta y respetuosa, me infundia espanto; me parecia que, uniéndose todas las voces á la de nuestro superior, gritaban á mi oido estas palabras: « ¡Ingrato, desobediente, rebelde! » Pero me preparaba yo á arrostrar el anatema, pues en medio de los buenos pensamientos que Dios sin duda me inspiraba, oia rugir dentro de mi alma el murmullo de mi altanero orgullo.

Mis temores no se realizaron; el director no encaminó su discurso directamente á mí y se expresó en términos generales; pero toda su alocucion, inspirada por su cariñosa compasion, se aplicaba al jóven insensato que tanto la necesitaba. Tomó por texto estas palabras del Evangelio: *Nolite obdurare corda vestra*<sup>1</sup>, y nos habló con afectuosa y apasionada elocuencia de la dureza del corazon y del arrepentimiento; pintó con vivos colores la irremediable desgracia del jóven que se obstina en el mal, cerrando sus oidos á la voz divina; nos hizo ver cuán desconsoladoras son las lágrimas que hace derramar el arrepentimiento y cuánta dicha sienten los que vuelven al camino de la virtud que ántes dejaron. Sus palabras llegaban hasta mi corazon como aceradas puntas y así, mi tenacidad, indocilidad y orgullo, todo fué reducido á polvo. Las ideas nobles y san-

1. Estas palabras latinas significan: « Que no se endurezcan vuestros corazones ».

tas se apoderaron de mí con increíble fuerza, y ardian ya en deseos de demostrar á semejante maestro que yo era digno de sus lecciones.

Habia concluido de hablar y me parecia oirle todavía. Alfonso me dijo despues que en aquel instante estaba yo como transfigurado, y que mis compañeros habian observado como una luz celestial en mi semblante que poco ántes conservaba las huellas de los malos instintos.

Apénas nos dejó nuestro director, bajo la influencia de sus nobles y persuasivas palabras, me apresuré á reparar el mal ejemplo que habia dado, y conteniendo los sollozos que me ahogaban, cogí mis libros. En aquel momento me llamaron de parte del director, y me condujeron á su gabinete. Ignoro por donde fuí, pues una nube cubria mis ojos. Llegado á su presencia, corrí hácia él sollozando, derramando copioso llanto, y exclamé: « ¡Oh, cuán perverso he sido! ¡Qué culpable soy! » Me recibió en sus brazos, me estrechó contra su pecho, y una lágrima, sí, estoy seguro, una lágrima se desprendió de sus ojos venerables y se mezcló con las mias.

Le pedí que me impusiera el castigo, pero lo juzgó inútil y me perdonó. Me habló de Dios, de mi madre, y salí consolado de su gabinete, con buenos propósitos y esperanzas.

Dejándome mi maestro entregado primero á mis reflexiones, confiándome luego á la tierna solicitud de la amistad, y dirigiéndome por último el lenguaje del sentimiento y de la razon, triunfó de una altanería contra la que hubieran sido impotentes todos los esfuerzos.

Desde aquel dia no hubo colegial mas dócil que yo. Llevé á cabo mis estudios con rapidez y lucimiento, pues ya no tenia mas deseo que el de dar gusto á mi madre cumpliendo con mi deber, y el de mostrarme digno de tener á tal hombre por maestro y á Alfonso por amigo.